

Disney ENCANTO



La novela

Adaptada por Angela Cervantes

Planeta
Junior



Años después, Mirabel, ahora una chica de quince años, despertó emocionada por aquel día especial. ¡Había tanto que preparar para el día en que su primo recibiría su don! Mientras Mirabel se vestía apresuradamente, corriendo de un lado al otro de la habitación, ¡la casa apenas podía seguirle el paso! Le pasó los zapatos y los lentes de armazón verde, pero apenas alcanzó a atrapar el camisón para que ella se pusiera su falda y blusa bordadas. ¡Estaba lista!

La puerta de la habitación se abrió.

—Muy bien —se dijo Mirabel y exhaló—. Tú puedes.

Mientras la casa la impulsaba rápidamente escaleras abajo, pasó frente al retrato del abuelo Pedro, al cual solo conocía a través de las

historias que le había contado su abuela. Lucía joven y muy apuesto en la fotografía.

—Buen día, abuelo.

Luego empezó a poner la mesa en el comedor, mientras que la casa se agitaba y abría las persianas para dejar entrar los dorados rayos del sol. Afuera había un ejército de niños ansiosos que venían desde el pueblo y se habían reunido afuera de la ventana, emocionados por la gran fiesta de esa noche. Para ellos, la ceremonia de dones de la familia Madrigal era todo un evento. El pueblo entero lo aguardaba con ansias y acudía para celebrar.

Mientras Mirabel preparaba todo para el desayuno, los niños entusiasmados gritaban preguntas desde la ventana.

—¡Oye! ¿Cuándo empezará la magia? —gritó un pequeño.

—La ceremonia de mi primo es esta noche —respondió Mirabel con calma y siguió preparando todo. Tenía que ayudar en todo lo posible, ya que aquel era un día muy importante para su familia.

—¿Cuál es su don? —gritó el mismo niño, levantando una taza de café.

—Ya lo averiguaremos —respondió ella.

—¿Cuál es tu don? —preguntó otro niño.

—¿Quién quiere saber? —bromeó Mirabel, sin dejar de trabajar ni por un instante.

—¡Nosotros! —respondió el niño, señalando a los otros tres que lo acompañaban.

—Bueno, «nosotros», si solo les cuento mi parte, no entenderán toda la historia —respondió Mirabel.

Esta vez, todos los niños hablaron al unísono.

—¿Cuál es la historia?

—Ah, no piensan dejarme en paz, ¿verdad? —exclamó ella mientras se dirigía a su habitación. Para contarles toda la historia, Mirabel tenía que empezar por hablarles de su familia y sus dones mágicos. Además, necesitaría un poco de ayuda de Casita.

Casita siempre apoyaba a Mirabel y al resto de su familia. Compartían un vínculo especial, y cada día traía consigo una nueva aventura en la casa mágica de los Madrigal.

Una vez que estuvo lista para contar la historia, Mirabel volteó a ver los cajones en la pared.

—Cajones —dijo, y estos se abrieron de inmediato—. Pisos. —Las losetas en el suelo se voltearon como si la saludaran—. Puertas. —Todas

las puertas de la casa empezaron a emitir un brillo mágico—. ¡Vamos! —gritó Mirabel. Uniendo fuerzas, ella y la casa se apresuraron a despertar a los demás. Pronto, cada miembro de la familia Madrigal estaba vistiéndose y desayunando algo rápido. Ya que todos estuvieron listos, se dirigieron al pueblo para prepararse para el día especial. Los niños del pueblo se reunieron frente a la casa para ver salir a la familia mágica.

—¡Por Dios, son ellos! —exclamaron los niños mientras los señalaban—. ¿Cuáles son sus dones? ¿Qué hace él? ¿Qué hace ella?

Mirabel sonrió amablemente. Supuso que los niños llevaban bastante tiempo esperando.

—De acuerdo, de acuerdo, relájense —les pidió.

—¡Es físicamente imposible que nos relajemos! —gritó el pequeño que traía la taza de café. Mirabel volteó a verlo con preocupación.

De inmediato, los demás niños se le unieron.

—¡Cuéntanos todo! ¿Quién hace qué? ¿Cuáles son sus poderes?

El niño de la taza de café se puso rojo y gritó más fuerte.

—¡Por favor, cuéntanos qué es lo que cada uno puede hacer!

—Y por eso el café es solo para adultos —dijo Mirabel, quitándole la taza.

Todos los niños siguieron a Mirabel por el pueblo. Cuando pasaron frente al hermoso mural de la abuela y sus trillizos (Pepa, Bruno y Julieta), Mirabel les explicó que ellos fueron los primeros en recibir los dones mágicos. La tía Pepa recibió el don de controlar el clima con su estado de ánimo: si estaba feliz, los días eran soleados; si estaba triste... ¡más valía tener un paraguas a la mano! El tío Bruno tenía el poder de adivinar el futuro, pero, tiempo atrás, se alejó misteriosamente de la familia y ya nadie hablaba de él. A continuación, Mirabel señaló a su mamá, Julieta. Ella era capaz de curar cualquier herida o enfermedad con su comida. Cuando los niños y Mirabel pasaron corriendo, la mamá estaba sirviendo arepas a una larga fila de personas con múltiples dolencias.

Por donde pasara Mirabel, el pueblo rebo-saba de actividad y alegría. Había unos chicos con camisetas deportivas jugando futbol. Del otro lado de la calle, un grupo de personas

participaba en un agitado juego de tejo. Cada vez que un jugador le daba al objetivo con una roca, se escuchaba un fuerte ¡pum! y la multitud vitoreaba. En el mercado, los clientes regateaban con los vivaces vendedores para conseguir hormigas santandereanas y velas al mejor precio.

Los niños seguían a Mirabel por el pueblo mientras ella iba señalando a los miembros de su familia. Se encontraron con su considerado padre, Agustín, y el alma de las fiestas, el tío Félix. Ninguno tenía poderes especiales, ya que los dos eran parentela política. Por su parte, la abuela Alma era el miembro más venerado de la familia Madrigal. Todo el pueblo la quería y respetaba, ya que siempre se había asegurado de que la familia usara sus poderes mágicos para el bien de la comunidad. Mientras la abuela y el resto de la familia recorrían el pueblo ayudando a todos en su camino con un sinnúmero de faenas, la gente les mostraba señales de respeto y adoración.

—¡Abran paso a los Madrigal! —gritó alguien.

—¡Es un día importante! —exclamó otro.

—¡Buena suerte esta noche! —gritó uno más.

Mirabel se detuvo para admirar a su familia mágica; ansiaba con todo su corazón enorgullecerlos.

—¡Espera! —exclamó uno de los niños mientras observaba pasar a la familia—. ¿Quién es hermana de quién? ¡Anda! ¡Dinos! ¿Quién es la prima?

—¿Cómo haces para no confundirte? —preguntó otro chico con incredulidad.

Mirabel los miró de frente con un destello de diversión detrás de sus grandes lentes.

—De acuerdo, de acuerdo... —Los niños se acercaron mientras ella identificaba a sus tres primos y dos hermanas, y explicaba sus respectivos dones mágicos.

La prima Dolores era capaz de escuchar un alfiler caer al suelo. ¡No convenía murmurar tus secretos cerca de ella! El primo Camilo era un *cambiaformas*, ¡y era muy molesto cuando se transformaba en ti! Y el primo Antonio... aún no tenía un don, pero lo recibiría esta noche.

Mirabel señaló a sus dos hermanas mayores: la agraciada Isabella, y la fuerte y responsable Luisa.

Isabella era la señorita perfecta. Podía hacer que brotaran flores de la nada con tan solo

agitar sus delicados deditos. Todos la adoraban, incluyendo al apuesto Mariano, que, en ese mismo instante, la admiraba con ojitos de borrego enamorado.

Luisa era extremadamente fuerte y responsable. Sus bíceps eran tan grandes como su gran corazón. Si necesitabas que alguien moviera una palmera para que te diera sombra, ¡Luisa podía encargarse sin problema! ¿La iglesia estaba orientada en la dirección equivocada? ¡No hay problema! No había petición demasiado grande para Luisa.

En cuanto Mirabel terminó de describir los dones de sus primos y sus hermanas, las campanas del pueblo empezaron a sonar. Era hora de que la familia volviera a casa. La abuela contempló con una sonrisa de satisfacción todo el trabajo que habían llevado a cabo.

—Familia, ¡a prepararnos! —ordenó.

—¡Vamos todos! —gritó Luisa.

En un santiamén, la familia se reunió y se dirigió a la casa. Mirabel se apresuró a seguirlos.

—Pero ¿cuál es tu don? —le preguntó una niñita justo antes de que pudiera entrar a la casa y escapar de sus preguntas de una vez por todas. Mirabel trató de hacer tiempo y pensar

en una buena respuesta, pero en ese momento la abuela apareció en la puerta.

—¿Qué están haciendo? —preguntó un poco cortante.

—Oh, eh... —tartamudeó Mirabel—. Solo estaban preguntándome sobre la familia y...

—¡Estaba a punto de contarnos sobre su don superespecial! —exclamó una de las niñas más grandes. La abuela volteó a ver a Mirabel, confundida.

—Ah, Mirabel no recibió un don —respondió Dolores, quien había aparecido de la nada. Mirabel hizo una mueca; era de esperarse que Dolores escuchara. Creyendo que había sido de utilidad, la prima sonrió y siguió trabajando. Mirabel miró de reojo a la abuela Alma, quien sacudió la cabeza con decepción y se alejó.

Los niños se quedaron viendo a Mirabel como si los hubiesen timado.

—¿No te otorgaron un don? —preguntó la misma niña, que la miraba con ojos tristes.

—Eh...

Mirabel estaba empezando a hilar su respuesta, cuando apareció un hombre montado en un burro.

—¡Mirabel! ¡Una entrega! —gritó el hombre y llenó de inmediato sus brazos con una canasta de suministros para la ceremonia—. Te traje el «especial», ya que eres la única de la familia Madrigal sin un don. Lo llamo «el especial no especial». Ya sabes, porque... eh, no tienes un don.

Mirabel se quedó helada. Los niños no dejaban de mirarla.

—Gracias —dijo.

—¡Dile a Antonio que le deseo suerte! —agregó el hombre y luego le dio una palmadita a su burro—. La última ceremonia fue una decepción. Ya sabes, la tuya, que... no funcionó. —Entonces se marchó.

Los niños estaban mudos y seguían viéndola fijamente. Ella se limitó a esbozar una sonrisa cursi y a sostener la canasta llena de provisiones.

—Si fuera tú, me sentiría muy triste —dijo la niña.

Mirabel fingió una gran sonrisa y se encogió de hombros.

—Bueno, pequeña, no lo estoy, porque la verdad es que, con o sin don, soy tan especial como el resto de mi familia.

Los niños voltearon a ver a la familia, que ejecutaba toda clase de hazañas mágicas por toda la casa, y luego a Mirabel.

—Tal vez tu don sea vivir en negación.